

PITA GONZÁLEZ, Alexandra y María del Carmen Grillo (2021). *La Revista de Historia de América. Silvio Zavala y la red de estudios americanistas, 1938-1948*. Buenos Aires: Universidad Austral / Teseopress.

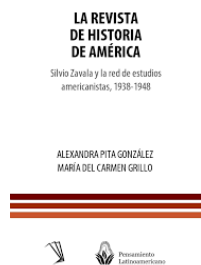
Eduardo DEVÉS<sup>1</sup>

## I

Agradezco la oportunidad de comunicarme con ustedes en un ámbito tan reconocido y grato como éste, frente a especialistas sobre ámbitos disciplinarios que tanto me interesan y que cultivo desde hace mucho.

Hablar de este libro laborioso y que da muestras de una paciencia fuera de lo común es un gusto, tanto por su contenido, que ha sido estimulante fuente de provocaciones para mí, como por la oportunidad de entablar una conversación con profesionales y personas enteradas en el estudio de los fenómenos intelectuales. He optado por no ofrecer una síntesis del libro, sino por relevar algunos de sus numerosos aportes y, a partir de ello, hacer referencia a un conjunto de preguntas surgidas en el curso de mis reflexiones.

¿Qué nos revela el libro? ¿Qué cuestiones ilumina? Muestra un salto en el quehacer historiográfico de la región; ofrece una conceptualización para comprenderlo y, también, un método para estudiar una revista académica, una red intelectual o una comunidad epistémica; sugiere un modelo, por una parte, para hacer historiografía intelectual y, por otra, para trabajar sobre el futuro de esta disciplina y de los estudios eidéticos más en general —y cuando digo “eidéticos”, entiéndase que me refiero a las ideas y temas interconectados.



Hace alrededor de un mes me comuniqué con Alexandra comentándole los puntos que me interesaba tratar. Me respondió de inmediato que eran demasiados, para luego aclararme que contaría con unos veinte minutos, recomendándome que me concentrara en uno o quizás en dos. No pude resignarme. Me parecía una pérdida dejar de lado las distintas provocaciones que las autoras habían lanzado, sin siquiera traerlas a colación. Le señalé: —“Tengo cantidad de temas para abordar: modernización historiográfica, redes intelectuales, la tensión entre revistas académicas y literarias, constitución de la americanística, aportes del libro a los estudios de las ideas, entre otros...” Con posterioridad, surgieron otros más, que tampoco quise ni quiero dejar que se pierdan en el olvido: las biografías intelectuales de las figuras nodales en las redes; las amistades intelectuales, asociadas o no a la cuestión de las generaciones (en el sentido de Ortega y Gasset), compartiendo una común sensibilidad (y esto fue particularmente provocador, pues en ese momento trataba de concluir un artículo sobre la noción “ecosistema intelectual” y sobre cómo en ellos van expresándose y mutando las sensibilidades colectivas).

Me gustaría sentar un principio: en estas notas he tratado de guardar un equilibrio entre lo que he entendido que son las intenciones fundamentales del libro y lo que son mis actuales intereses de investigación. No pretendo haberlo logrado; más bien, creo que me he dejado llevar por inspiraciones y provocaciones. He leído y releído lo que les presento y me parece que mi propia perspectiva está todavía demasiado presente. Quiero decir con esto que mi programa de

---

<sup>1</sup> Versión revisada de la intervención de Eduardo Devés en el marco del Seminario de Historia Intelectual de América Latina (SHIAL) de El Colegio de México, junio 2021.

investigación —que busca avanzar en la constitución de los estudios eidéticos— ha condicionado estas reflexiones. Como atenuante, cabe decir que esto ha sucedido debido a la gran cantidad de puntos de interés que el libro ofrece a sus lectores/as.

## II

Las preocupaciones centrales de Pita y Grillo son la profesionalización y/o la modernización del quehacer historiográfico y la constitución de la americanística, cuestiones que, por cierto, se tratan de manera entrelazada, y a fortiori son relevantes en el marco de las actividades del SHIAL (Seminario de Historia Intelectual de América Latina) y de los estudios sobre lo intelectual.

Se trata entonces de la potenciación y constitución, en América Latina, de una historiografía que se llama “profesional” y también “moderna”, y que podría caracterizarse —inspirándonos en la indicación de Francisco Romero para pensar la historia de la filosofía—, como una “normalidad historiográfica”. Esta constitución disciplinar consistía en superar el amateurismo de anticuarios y coleccionistas, que habían dominado el quehacer en la región, según sugiere Abraham Moctezuma Franco. En otras palabras, profesionalización o modernización como formas de llamar un quehacer historiográfico serio y riguroso.

Pita y Grillo plantean que esta profesionalización se define sobre la base de tres criterios: la disciplina está “basada en la investigación documental”; es capaz de “trasmitir a través de la docencia y los seminarios de investigación las técnicas, métodos y sensibilidades propias del área de estudios”; y es capaz de “delinear sus lecturas mediante la selección de determinadas publicaciones”.

Esta manera de cultivar la disciplina tenía como modelos lo que se practicaba en Estados Unidos y en España. Por cierto, la reiterada referencia a España no deja de ser algo paradójica, particularmente si va unida a la noción “moderna”. Ello me hace algo de ruido, pues pocas décadas antes, España era considerada como el país retardatario por antonomasia, y el Archivo de Sevilla la instancia emblemática de la dominación sobre Hispanoamérica por un “imperio medieval”, facetas que difícilmente podrían ser inspiraciones de lo moderno.

La noción “moderno(a)” me hace ruido además porque no es una noción ingenua, sino que suele cargarse de un conjunto de criterios teóricos y hasta filosóficos que, si bien creo poseen cierto valor respecto del ámbito tecnológico, nos ponen en este caso ante cuestiones muy delicadas, siendo la principal la identificación entre ser “moderno” y “ser como los países del centro”, lo cual me parece por muchos aspectos cuestionable. Hacia 1940, algunas figuras asumen lo “moderno” como la forma de nombrar lo que sería un buen quehacer historiográfico. En este sentido, para indicar el mejoramiento del quehacer disciplinar me inclino fuertemente por la noción “profesionalización”, antes que por la noción “modernización”, y con mayor fuerza todavía para aludir a procesos que, en la actualidad, debemos continuar quienes nos ocupamos del estudio de lo intelectual y de los estudios eidéticos en general, procesos a los que de ningún modo calificaría de modernos, y menos en su acepción de imitativos del centro. Para ser más radical, ¿aceptaríamos que se dijera dentro de diez años que la investigación en historiografía intelectual que se practicaba hacia 2020 debe ser “modernizada” y que los criterios de género o estudio de revistas que se realizaban deben ser suplantados por otros que sean realmente “modernos”?

## III

Interesa entonces que nos formulemos buenas preguntas en torno a *cómo decir* los procesos de renovación, avance, recepción de múltiples preguntas, nuevas técnicas, métodos y conceptualizaciones que nos van pareciendo significativos para nuestro propio quehacer, aunque no

sean “modernos”, aunque no se cultiven en Estados Unidos, y todo esto manejado con crítica, autocrítica y honestidad intelectual, *para hacer las cosas mejor*. Recupero la formulación de Alfonso Reyes cuando, al escribirle a Silvio Zavala, señala: —“Hace Usted bien en desear que *reforcemos* en México las investigaciones hispanoamericanas para ponerlas *a la altura* de otros países del continente” (mis destacados).

#### IV

Un asunto que me interesa desde hace años tiene que ver con el sentido de estudiar revistas. Pita y Grillo retoman la cuestión inspirándose parcialmente en formulaciones de Aymer Granados: asumiendo que el estudio de algunos géneros de revistas, como las “culturales”, posibilita “adentrarse en los espacios de sociabilidad, los proyectos, posicionamientos e ideas de intelectuales, académicos y científicos”, permitiendo “reflexionar sobre los lazos de cultura, las redes y las comunidades académicas que las revistas generan, congregan, canalizan y revitalizan”.<sup>2</sup>

Dentro de esto creo que debe tenerse muy presente el contraste entre las revistas de creación literaria y las revistas académicas, considerando el lugar de las revistas “culturales” a las que se refiere Granados. Las revistas literarias normalmente proceden de un grupo de personas jóvenes con una propuesta estética y un con un deseo muy alto de protagonismo en el campo, frecuentemente afirmadas en un “ego mayor” que en el caso de las revistas académicas y con marca fuertemente generacional. Se trata a menudo de revistas “de guerrilla”, de “divertimento y posicionamiento”, como fueron tantas desde la época de las vanguardias hasta ahora. Por otra parte, existen revistas que pretenden desarrollar en el largo plazo un quehacer académico siendo canal de expresión de una comunidad epistémica.

Antes me referí al peso de las figuras del centro para imponernos sus criterios. Creo que es esto lo que ocurre parcialmente con el trabajo de Annik Louis. Habría preferido que el libro estableciera con énfasis la diferencia entre revistas literarias y revistas académicas, por una parte y, por otra, que dialogara mejor con la cantidad de estudios que existen en América Latina y el Caribe sobre revistas literarias, culturales y académicas. Me refiero a tomar en cuenta los estudios sobre otras revistas, no a ocuparse de estudiar simultáneamente otras revistas. Por señalar lo más importante: en el libro, la revista *Repertorio Americano* no se nombra y la revista *Sur* es mencionada una vez. Se trata de publicaciones sobre las cuales se ha escrito mucho, que son de la misma época y que tenían un gran impacto en ese momento, además que algunas personas y redes se entrecruzaron. Tampoco aparecen las figuras de quienes las sostuvieron: Joaquín García Monge y Victoria Ocampo, respectivamente, figuras análogas a Silvio Zavala en más de un sentido. Por lo demás, son revistas donde lo literario, el ensayo, la investigación, la historiografía se hallan parcialmente presentes y podrían haber suscitado preguntas y pistas de búsqueda. Creo que la incorporación de esas referencias, el diálogo con lo realizado en la región, que es abundante, habría podido enriquecer el estudio.

#### V

Lo antedicho nos lleva al tema de las redes intelectuales, un interés que se ha desarrollado ampliamente entre nosotros y que es de primera importancia para quienes nos ocupamos de historia intelectual, sin ortodoxias. Me parece detectar en el libro que la *Revista de Historia de América* no

---

<sup>2</sup> Aimer Granados, “Introducción,” en *Las revistas en la Historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, coordinado por Aimer Granados (México: Universidad Autónoma de México y Juan Pablos Editor, 2012), 10 y 12.

es tanto la consecuencia como la *causa* de una red. Precisando: la revista es más bien la *causa*, en dos sentidos: es la causa en tanto da “origen” a la red, y lo es también en tanto “causa común” que da “sentido” a la red, una intención compartida por la cual luchar.

En gran medida, el estudio de la revista es el estudio de la correspondencia en torno a ésta, y la posesión de este archivo y su exploración le otorga un gran valor a la indagación. “Correspondencia intelectual” y “redes intelectuales” son expresiones que se acercan a la sinonimia, sin alcanzarla del todo. Las autoras trabajan sobre esto con particular énfasis y paciencia. Y con ello se hace patente la idea de Horacio Crespo —citada en el libro— sobre el diseño de una disciplina científica y la inauguración de la “americanística moderna”.<sup>3</sup>

La constitución de los estudios americanos y de los estudios latinoamericanos, siendo un asunto del mayor interés para nosotros, y que en general no ha sido estudiado suficientemente, puede remontarse al siglo XVI, como quehacer de una comunidad epistémica, que ha tenido numerosas mutaciones a lo largo de los siglos, y particularmente otras desde la fundación de la revista hasta la actualidad. Posiblemente la pandemia esté incentivando una nueva mutación en este instante, al poner en jaque reiteradamente la realización de grandes congresos como el de *Americanistas* y el *LASA*, entre otros, que habían marcado este quehacer en las décadas finales del siglo XX.

## VI

Creo que para entender los orígenes de la *Revista de Historia de América* sería de interés complementar la noción “red intelectual” con la noción “ecosistema intelectual”. Las redes intelectuales —asunto que interesa grandemente a Pita y Grillo— requieren de la permanencia de las interacciones, aunque no de un espacio específico. Los ecosistemas intelectuales —de los cuales no se ocupa el libro ni tenía por qué hacerlo—, requieren de la permanencia tanto en el tiempo como en el espacio. Se trata, por tanto, de dos categorías en cierto modo complementarias: las redes conectan las inteligencias de numerosos espacios en muchas oportunidades aun cuando las mismas no se conozcan personalmente; los ecosistemas, en cambio, se constituyen a través de encuentros frecuentes, del discipulado, del roce cotidiano y de una memoria compartida de lo que venimos siendo como comunidad pensante. Esto nos pone ante un asunto clave: La *Revista de Historia de América* es producto del ecosistema intelectual de México-Ciudad. Habría sido impensable en otras ciudades de América Latina y el Caribe. Quizás solamente podía haber sido posible en Buenos Aires. Las redes podían conectar inteligencias de muchos lugares, pero la masa necesaria solo la poseían México y Buenos Aires. No creo, por ejemplo, que Santiago de Chile hubiese podido sostener un proyecto así, ni los chilenos que participaran hacer de líderes del mismo. Entender la posibilidad del financiamiento, de la circulación de las ideas y la información en general, de las sensibilidades, del asentamiento institucional, de las inteligencias individuales y las inteligencias organizadas en colectivos, los debates, el espacio geográfico como lugar natural y artificial son cuestiones que se reunían de manera suficiente en México-Ciudad y en Buenos Aires y en ningún otro ecosistema intelectual de la región.

El ecosistema intelectual que habían contribuido a crear Justo Sierra y José Vasconcelos —entre tantos otros—, y donde operaban tantas figuras como Alfonso Reyes y Rafael Heliodoro Valle, donde se respiraba a Gabriela Mistral, a Víctor Raúl Haya de la Torre y a Pedro Henríquez Ureña, donde ya despuntaban Leopoldo Zea y, siempre vivo, Pablo González Casanova, y allí mismo una pléyade de personas de España —mujeres y varones inmigrantes—, por no hablar de la literatura, la plástica y hasta alguna ciencia dura, para no atiborrar de nombres. Considero que los espacios de

---

<sup>3</sup>Horacio Crespo, *En torno a la historiografía latinoamericana, conceptos y ensayos críticos* (Buenos Aires: Teseo Press, 2020), 105-107, 110-111.

sociabilidad que interesan a Pita y Grillo se dejan ver mejor si se acompaña la noción “redes” con la de “ecosistema intelectual”, precisamente por su referencia al espacio, al lugar físico. La fuerza con que se desarrollaba este ecosistema intelectual en los años que van de la presidencia de Álvaro Obregón a la de Lázaro Cárdenas (incluidas ambas), y su importancia a nivel latinoamericano, creo que no se ha calibrado siquiera hasta hoy. Sumaba una inmensa masa intelectual, con una sensibilidad de renacimiento, luego de la Revolución, que permitió que eclosionara esta revista entre muchas otras iniciativas. La genialidad y la vitalidad de sobrevivientes de la Revolución Mexicana y luego de la Guerra Civil española, ni siquiera Buenos Aires, en el mejor momento de su historia como ciudad podía parangonarlo. Santiago de Chile tendría que esperar hasta mediados de los años sesenta para tener un boom de creatividad intelectual parecido al de México en los veinte y treinta, del cual la *Revista de Historia de América* es una consecuencia y, en tanto que tal, una ventana por la cual nuestras autoras han mirado hacia adentro para observar lo que fue ocurriendo allí.

Valgan entonces estas pocas reflexiones como homenaje al libro de Alexandra Pita y María del Carmen Grillo que tanto me ha motivado. Muchas gracias.